

CATEDRAL

Oscar me preguntó que si no se me antojaba ir a visitar la Catedral, que unos ingenieros y arquitectos la iban a explicar a un grupo de estudiantes. Oscar es mi hijo. Le dije que sí, que cómo no, más ahora en que vale la pena caminar el centro de la ciudad ya sin puesteros. De saber a lo que me iba a enfrentar jamás lo hubiera aceptado.

Me recordé de otras ocasiones que hice el tour de la iglesia donde un guía, conocedor de su trabajo, nos iba explicando una a una todas las capillas, los altares, los órganos, el recargado coro, lo churrigueresco, lo barroco, las alturas y profundidades. Veía uno, al ser iluminadas, mil cosas que normalmente no se ven por la oscuridad o por falta de atención o por desconocimiento. Este cuadro es de Cabrera, esta pila bautismal se utilizó en tal año, esta puerta...Lo usual que se nos explica cuando se hace este tipo de visitas en cualquier ciudad del mundo. Sale uno feliz pero apachurrado de tanta información y sin poder retener todo lo que se vio en tan poco tiempo. Así me imaginé que iba a ser ahora. Pero no. Todo fue distinto, para mi mal y para mi bien.

Antes de seguir tengo que decir que ya tengo 74 años de edad y que lo que se nos recomienda es estar tranquilos en la casa leyendo un libro o viendo la tele, cuando mucho salir a caminar por la colonia dos o tres manzanas, eso sí, acompañados por si nos caemos.

Nos citaron a las nueve de la mañana en una de las puertas. Mi hijo, precavido, me hizo salir a las ocho. A las 8.30 estábamos dejando el auto en un estacionamiento a unas diez cuadras del Zócalo. Más cerca no hay, dijo mi hijo. Y a caminar y empezar a disfrutar de muchos edificios que no veía desde hace años ya que fueron ocultados por la vendimia callejera. Mira esa fachada, decía yo y me detenía a retratarla. Ahora retrato todo lo que se me pone enfrente, mi cámara puede guardar hasta mil fotos en la memoria. Mira esa luna dentro del sol en esa esquina. Mira la Talavera en esa iglesia. Y así siguieron los miras durante un largo tiempo. Llegamos al Zócalo ocupado en su totalidad por la feria del libro. No estaba abierta.

Faltaban diez minutos para las nueve. Todavía me sentía con fuerzas. Nos saludaron los arquitectos e ingenieros. Vamos a esperar un momento a que lleguen todos, nos dijeron. Me puse a ver las puertas-y a retratarlas-, me atravesé fotografiar la enorme bandera que ondeaba a todo dar por el aire que hacía. Tomé fotos del atrio, de la

gente, de todo. Y nada de iniciar el recorrido. A las diez empezamos lleguen los demás o no, nos aclararon. Ya para esto llevaba yo cerca de dos horas de pie caminando o simplemente esperando.

A las diez en efecto comenzamos. Nos llevaron a ver las ventanas que han puesto en el piso del atrio para contemplar los cimientos de la catedral anterior a la actual. No se veía nada de nada pues el sol se reflejaba en los vidrios. Dijeron que habían dos calaveras, que una escalera, que nos fijáramos en el piso. No vi nada. Bien, continuaron, ahora vamos adentro. Y fuimos adentro. A la mitad de la iglesia nos explicaron que la Catedral de México es la única que está orientada de norte a sur y no de oriente a poniente como están todas las demás del mundo. Que la primera, la que vimos en el atrio si estaba orientada correctamente, que la actual tuvo que tomar esta posición para hacer juego con el Palacio Nacional y demás construcciones. Se nos habló de las bases aztecas sobre la que está construida, del suelo que tiene mucha agua y por eso el edificio se sume año tras año. Que se ha sumido más de 28 metros desde que se construyó y que lo grave es que no se sume parejo sino que la parte delantera se sume más que la trasera y por eso hay fracturas, que han tendido que hacer mil maniobras para evitar mayores daños.

Ahora, pensé yo, viene la visita a los altares, a las capillas. Pero no. Ahora vamos a bajar a las criptas. Qué bien, me dije, eso no conozco. Nos explicaron que tuvieron que extraer toneladas de tierra, de piedras y agua para hacerlas. Se llega después de bajar escaleras a pasillos largos, largos, con miles de nichos tapados por una placa de mármol con el nombre del dueño de las cenizas que ahí se depositan. Todas iguales. Alguna con una flor de plástico pegada con diurex para hacerla diferente. Todo frío, todo feo. A mí que no me vayan a traer acá, me dije. Fúchila. A mí que me entierren en tierra donde llegue el sol y haya plantas.

Llegamos a la parte interesante, el lugar donde están los restos de los arzobispos. Eso sí vale la pena. Es una capilla grande con nichos donde sobresalen los nombres en dorado, con las insignias grabadas de cada uno. Ahí están desde el primer obispo hasta don José María Martínez que es el que me tocó a mí cuando acudía con frecuencia a la iglesia. (Ya hace muchos años de esto) Dos figuras grandes de monjes con iluminación tétrica nos miraban a todos como enojados de nuestra presencia y el bullicio que hacían los jóvenes que corrían de un lado a otro para retratarse en distintas poses. Bajo el altar una piedra azteca con un corazón que trataba de palpar con fuerza para que lo tomáramos en cuenta, para decirnos que esta tierra era de ellos y no de los españoles.

Y ahí vamos para afuera. Otra hora caminando, subiendo escaleras. Ya suman tres y me empiezo a sentir cansado, ya mis piernas no responden tan fácilmente. Ahora a visitar la sacristía, la capilla sixtina mexicana, nos dijo el ingeniero. Y sí, es para abrir la boca y derramar toda la saliva del mundo al verla. Pinturas valiosas por todos lados, muebles maravillosos, reliquias, vestuario, cruz y cristo de marfil, cielo con nervaduras góticas que no se ven en otro lado de la Catedral. Aquí no fue una hora sino solamente treinta minutos de estar de pie.

Frente a nosotros la puerta. Respiré aliviado. Ya terminó todo. Pero no, salimos al costado oriente que da al Templo Mayor Azteca. Vamos a visitar un resto de pirámide azteca, nos dijeron. Y en fila india fuimos bajando por partes una escalera de caracol. Abajo, agachados avanzamos hasta llegar a las ruinas. Piedras y estucos de diversas etapas. Las retraté. Ahora, más agachados todavía fuimos a una zona donde hay una piedra azteca con la representación del sol y los cuatro puntos cardinales. También le tomé fotografías. Mas allá, bajando otros escalones otra parte de la pirámide. Pensé que iba a quedarme agachado sin poder volver a estar erecto. Ya todo me dolía.

Y vamos para afuera. Nuevamente pensé, esto ya terminó, que bueno que vine. Todo lo visto lo desconocía yo. Valió la pena. Ahora vamos, dijo el ingeniero, o el arquitecto, no lo sé, vamos a subir al campanario a ver las bóvedas. Alcé la vista y vi que eso estaba muy lejos, muy alto. No voy, me dije, aquí los espero.

¿Vamos?, me dijo una chamaca que estaba junto a mí. Claro, le contesté. Y ahí voy. Abren una puerta secreta y veo la escalera en caracol. ¿Cómo voy a subir esto? Los escalones de piedra eran altísimos, casi el doble del tamaño de un escalón normal. Subí uno, subí el segundo y seguí. Cómo no iba a seguir si detrás de mí venían todos los jóvenes. Empecé a contar cuantos escalones eran, por curiosidad. La fatiga me hizo perder la cuenta. Solo veía, ya no escalones, sino muros frente a mí a los que tenía que escalar. Mi corazón latía con fuerza y las piernas ya temblaban. Me detuve a respirar y con eso detuve la subida de todos. No podía ni bajar ni hacer otra cosa que seguir subiendo. Así que tomando fuerzas de no sé donde seguí adelante. Me va a dar un infarto pensé en un momento. Bueno, si me muero ya no me tienen que llevar a la iglesia, ya estoy en ella. Y ahí voy. Otro escalón y otro y otro. ¿Es que nunca van a terminar?

Al fin el aire y el sol. Yo ya no sabía si tenía frío o calor. Eso sí, estaba empapado de sudor. Me paré de lado para que los demás pasaran y yo tuviera unos

minutos para recuperar mi respiración. Frente a mí estaba la azotea de la catedral, no plana como cualquier azotea que se respete, como la del Palacio Nacional o la de mi casa. No, aquí todo era curvo, alto, peligroso. Montes y montes de ladrillo que formaban las bóvedas, altísimas y resbalosas. Si no me morí de un infarto me voy a morir al resbalar en cualquiera de ellas, pensé con miedo, pero ni modo de quedarme aquí parado mientras los demás avanzaban, los jóvenes corrían sobre los montes. Y ahí voy yo dando pequeños pasos para asegurar mi avance y mi ascensión. Subir no era tan difícil como bajar. Cada bóveda se convertía en una resbaladilla. Yo quería sentarme y así bajar, arrastrándome, pero iba a causar risa a los demás y eso sí que no. Terminaba un monte y seguía otro y otro hasta llegar al final de ellos. Bueno, eso creí. Ahora había que pasar sobre un borde muy angosto a otra zona, a la que está frente a los campanarios. Ay Dios, ahora si voy a dar el changazo, volví a pensar. En este sitio los montes eran más altos, mucho más. Y nuevamente a dar pasitos para subir. Al fin llegué al más alto. Mi hijo, que debería estar ayudándome ayudaba a una guía alemana que nos acompañaba. ¡Malos hijos! Una chava me tendió la mano para subir mientras sonreía con conmiseración. ¡Qué oso! El mío, no el de ella.

Y arriba, oh milagro, transformarme en Moctezuma, en Cuauhtémoc, en Cortés, en...Este lugar tiene la altura de la cúspide de la gran pirámide azteca y usted está viendo lo que veían los dignatarios de esas épocas. No exactamente lo mismo pero sí puede distinguir las cuatro vías que partían de este lugar para atravesar el gran lago. La de acá es la de Tacuba, la de allá es la que llegaba a Tlaltecocolco, aquella al Peñón de los Baños, la otra al Sur. Vean las cúpulas de todas las iglesias, el Palacio de Bellas Artes, las...El ingeniero o arquitecto seguía explicando. Ya no lo oía.

Yo seguía viendo y recordando la historia de la ciudad, la conquista, la independencia, la revolución, los tiempos actuales. Estaba en el Centro de la historia y la miraba desde arriba, como un Dios.

En ese momento vi a los jóvenes correr de un lado a otro, subir como niños para bajar a gran velocidad las cúpulas, ir de un campanario al otro. Que se maten, pensé al verlos ya puesto en la realidad, a mí déjenme seguir admirando la vista. ¿Y si por las carreras se revienta la bóveda y todos vamos para abajo? Me reí pensando en caer sobre nuestro Cardenal que a la mejor estaba oficiando misa en ese momento. Bajé un poco de la montaña de ladrillo para tener la vista del Zócalo. Qué belleza. Cientos, por no decir miles de gentes caminaban de un lado a otro en la Feria o en las banquetas, otros cientos llenaban ya el atrio de la iglesia. En ese momento ya no me sentí azteca, español u

hombre moderno contemplando su obra, ahora era un ave que miraba todo lo que pasaba abajo.

Pero había que seguir. Otra vez subir la cresta, para descender y llegar al campanario derecho. Qué campanotas, qué altura, qué vista... y qué miedo de volver a hacer el recorrido para bajar hasta la calle. Pero no, frente a mí se abrió otra escalera, también de piedra y con escalones más decentes. Y ahí voy para abajo cuidando de no caer. Al llegar al atrio que es a donde desembocamos casi me hincó a besar la tierra. Bueno, no tierra, sino el cemento.

Si los arquitectos o ingenieros me dicen que ahora vamos a...¡los mato!, claro que los mato. Yo ya no doy un solo paso más. Creo que se dieron cuenta de mis intenciones y amablemente nos agradecieron nuestra presencia y nos dijeron adiós. Nosotros hicimos lo mismo, agradecemos sus explicaciones, su compañía y sobre todo la posibilidad de ver todo. Casi desaparece mi cansancio.

Mi hijo me hizo notar que todavía íbamos al museo de José Luis Cuevas y de ahí teníamos que regresar por el auto. Otra media hora de menos caminando. No me desmayé porque Dios es grande.

Repito, esta experiencia fue para mi bien pues disfruté mucho todo lo que vi, en especial la vista desde la altura, y para mi mal pues en la tarde, al llegar a mi casa, casi no me podía mover del dolor de piernas. Tendré que hacerle caso a los demás y quedarme en mi casita leyendo un libro o viendo la tele.

Por lo pronto estoy orgulloso de lo que pude hacer ese día. Aún soy joven, me dije.

Tomás Urtusástegui

Octubre 2007